

LA IDEA DE ÁFRICA EN EL ORIGEN DE LA PREHISTORIA ESPAÑOLA: UNA PERSPECTIVA POSTCOLONIAL

Víctor M. Fernández Martínez*

RESUMEN.- Desde casi el inicio de la prehistoria española hasta mediados del siglo XX, se recurrió a un origen en el continente africano para explicar los cambios culturales ocurridos en nuestro país antes de la escritura. En este artículo se revisa primero el desarrollo de las hipótesis africanistas en los campos de la antropología física, lingüística y arqueología, seguido por la descripción de los contextos epistemológico e histórico de la época que condicionaron tales construcciones científicas. Por último, se intenta una explicación del africanismo prehistórico como parte de la ideología colonialista, a su vez entroncada en la formación hegemónica del nacionalismo, ofreciendo algunos ejemplos de la forma histórica concreta de tal relación.

The idea of Africa in the beginning of Spanish prehistory: A post-colonial perspective.

ABSTRACT.- From almost the beginning of prehistoric research in Spain until the middle of 20th century, an origin in the African continent was consistently used to explain the cultural changes before the beginning of writing. This paper presents a survey of the history of africanist hypothesis in the fields of physical anthropology, linguistics and prehistory. Also a short description is made of the epistemological and historical contexts of the research that determined the scientific constructions. Finally, an attempt is made to explain Spanish prehistoric africanism as a component of colonialist ideology, and thus embedded in the more general hegemonic formation of nationalism. Some examples are offered of the actual historical forms of that relationship.

PALABRAS CLAVE: Historia de la arqueología prehistórica, Teoría post-colonial, Ideología, Hegemonía, África.

KEY WORDS: History of prehistoric archaeology, Post-colonial theory, Ideology, Hegemony, Africa.

1. INTRODUCCIÓN¹

Durante casi tres cuartos de siglo, el último cuarto del XIX y la primera mitad del XX, los prehistoriadores españoles recurrieron de forma sistemática al continente africano para explicar los movimientos de población y cambios culturales ocurridos en nuestro país antes de la escritura. Algo parecido, aunque en menor extensión, ocurrió en algunos otros países europeos, entonces empeñados, como el nuestro en menor medida, en la conquista, reparto y explotación colonial de las riquezas africanas. Tales ideas se referían a asuntos tan importantes como la procedencia de la población moderna (Cromagnon) en la península, la relación entre los vascos y los bereberes del norte de África, o el origen de la neolitización o de la misma cultura ibérica.

Hacia mediados del siglo XX, y coincidiendo con el fin de la época colonial, las ideas africanistas se abandonaron completamente, no volviendo a tenerse en cuenta hasta el día de hoy. ¿Cuál fue la causa de que tales hipótesis se pusieran de moda, iniciada entre nosotros o procedente de otros países europeos con mayor actividad científica, y de que luego desaparecieran tan rápidamente? Si hoy vemos que existe un cierto rechazo hacia lo africano, identificado generalmente con el fracaso en la conquista de la modernidad, ¿por qué en épocas anteriores no existían reparos en colocar allí nuestro origen? ¿Está la renuncia a esas teorías basada en un avance de la investigación, en el fin de la presencia colonial española en África o en nuestra final incorporación a la modernidad y repudio de aquellas culturas que no lo consiguieron?

* Dpto. de Prehistoria Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. Ciudad Universitaria, s/n. 28040 Madrid. victormf@ghis.ucm.es

En este trabajo se pretende recorrer brevemente los hitos de nuestra investigación decimonónica y de inicios del siglo XX en relación con las ideas africanas, y buscar su conexión con los hechos más significativos de la propia investigación, por un lado, y de la situación social, política y cultural de la época por otro, en un intento de dilucidar las cuestiones planteadas. Desde una perspectiva de la filosofía y la sociología de la ciencia, se desea contrastar los dos paradigmas opuestos actualmente: la postura positivista de Popper y de Lakatos (1982) entre otros, que defiende que la búsqueda y hallazgo de la verdad, al contrario de la desviación en el error, no están determinadas por las circunstancias sociales “exteriores”, y la de Bloor (1998) y otros miembros del “programa fuerte” que piensan que tanto las desviaciones como los aciertos científicos tienen una relación inevitable con las condiciones de la sociedad en que se plantean. Asimismo se pretende explorar mínimamente el papel que la arqueología jugó en la ideología colonialista general, dentro de una formación hegemónica destinada a justificar la situación de predominio europeo (Jung e.p.).

2. RELACIONES BIOLÓGICAS Y LINGÜÍSTICAS ENTRE LA PENÍNSULA Y ÁFRICA

2.1. Craneometría y etnogénesis europea

Surgida dentro del fuerte movimiento positivista de la primera mitad del XIX, la antropología que hoy llamamos “física” o “biológica” se propuso estudiar al ser humano como parte de la naturaleza, igual que a cualquier otro animal, “comme fait le naturaliste d’un animal quelconque” según frase de Topinard (1885: 150; cf. Arquiola 1976, 1979). Introducido primero por el sueco Anders Adolf Retzius (1796-1860) para complementar el ángulo facial propuesto por Cuvier, y expandido luego por el francés Paul Broca (1824-1880), el índice cefálico constituyó un instrumento teórico y de medida capital para proceder a la ansiada clasificación racial de la humanidad (Blanckaert 1989).

La simple clasificación de los cráneos en braquicéfalos y dolicocefalos, a los que luego se añadió el tipo intermedio, mesaticéfalo o mesocéfalo, permitía distinguir fácilmente entre unas razas y otras combinado con la división por el ángulo facial en cráneos prognatos y ortognatos. Así, Retzius construyó un modelo según el cual dolicocefalos ortognatos eran los europeos occidentales y nórdicos, dolicocefalos prognatos los africanos y australianos, braquicéfalos ortognatos los centroeuropeos y orientales eslavos, y braquicéfalos prognatos los mongoloides. Cualquier excepción a esta sencilla regla se interpretaba como resultado de

invasiones y mezclas recientes que alteraron el orden primitivo. Para encajar el hecho de que razas superiores, como germanos y celtas, compartieran un rasgo tan importante como la dolicocefalia con razas inferiores como los negroides, se recurrió a distinguir entre un desarrollo del cráneo anterior o frontal, ligado a las funciones intelectuales, en los primeros y del cráneo posterior u occipital que se relaciona con las animales en los segundos (Blanckaert 1989: 170, 180).

Por otra parte, también desde comienzos del siglo XIX los trabajos de la filología comparada (Jones, Schlegel, Bopp, Grimm) mostraron que la gran mayoría de las lenguas europeas venían del sur de Asia, entre Irán y el norte de la India (arios, indo-germanos, indo-europeos, etc.). Antes de que se construyeran las primeras síntesis arqueológicas que aprovechaban de una u otra forma esa idea, por Montelius hacia 1880 o Kossinna hacia 1910 (Trigger 1992: 155, 159), antropólogos y lingüistas veían la distribución actual de razas europeas occidentales como resultado de una gran migración oriental de dolicocefalos de lenguas indoeuropeas (p. ej. Bertrand 1864, cf. Blanckaert 1989: 172, 182). De acuerdo con la extendida creencia en la identidad fundamental de raza y lengua, los idiomas no indo-europeos deberían corresponder a una población anterior a la expansión aria, que habría encontrado refugio en los confines del mundo ártico (lapones, fineses, estonios) y las montañas del sur de Europa (vascos) y que, tal como demostraban los primeros estudios prehistóricos nórdicos, recopilados por Retzius, y las poblaciones actuales, era braquicéfala (*Ibid.*: 183).

Para comprobar la hipótesis anterior, Broca viajó al País Vasco en 1862 y con la ayuda del fundador de la antropología física española, Pedro González de Velasco (1815-1882) (Puig-Samper 1982), extrajo del cementerio de Zarauz unos sesenta cráneos que llevó a París, donde los presentó poco después en la *Société d’Anthropologie* (Broca 1863). Pero esos cráneos, al igual que otros 19 que le consiguió el Dr. Velasco varios años después, no eran braquicéfalos sino, por el contrario, dolicocefalos (Blanckaert 1989: 185-7).

Aunque Broca utilizó éste y otros datos parecidos para empezar a desmontar la identificación entre raza y cultura (sobre todo en la cuestión de celtas y arios, cf. Blanckaert 1989: 193-6), también pensó que los cráneos de Zarauz podían corresponder a una población distinta de la vasca, un grupo de invasores extranjeros. Sin embargo, al contrastar la identificación más lógica por su situación geográfica —es decir, que fueran celtas—, halló lo contrario de lo esperado —que hubiera sido una “dolicocefalia frontal”, propia de las poblaciones europeas—, ya que los cráneos tenían más desarrollados los lóbulos posteriores, siendo por ello más próximos a los dolicocefalos africanos, aunque sin el prognatismo de éstos, lo que les relacionaba más bien con los habitantes del norte de África (Broca 1863: 49-62).

Ese mismo año, el oponente principal de Broca, Franz Pruner-Bey (1808-1882), después de haber observado una gran variación en los casos de población actual vasca que le midió Antoine D'Abbadie (alguno le parecía negroide y había “visto a uno que parece un príncipe persa”), identificó a los cráneos de Zarauz, que él creía híbridos entre la capa braquicéfala ibérica del sur y los dolicocefalos celtas, con los “celtíberos” de las fuentes clásicas (Pruner-Bey 1863: 35-6). Más tarde los cráneos de Zarauz fueron vistos como Cromagnones por Virchow (Tubino 1876: 168), para luego, en estudios más amplios realizados ya por autores peninsulares, ser los vascos en general clasificados como mesocéfalos puros, no resultado de mezcla, criticándose la representatividad de la muestra estudiada por Broca (Aranzadi 1889; Hoyos 1915; cf. Ortiz 1987: 252-265).

Mientras tanto, se iban excavando restos funerarios antiguos en diversos lugares europeos (túmulos en Francia, Gran Bretaña y Escandinavia, yacimientos lacustres en Suiza) y los tipos analizados eran dolicocefalos, lo que iba poco a poco minando la credibilidad de la teoría inicial. Los descubrimientos de restos humanos mucho más antiguos (Neandertal en 1856, Cromagnon en 1868), aunque admitidos en medio de grandes polémicas (algunos partidarios de la hipótesis anterior, como Pruner-Bey, los identificaron, lógicamente, como celtas o como deformes), forzaron también un cambio de la teoría, pues su acusada dolicocefalia hacía poco probable la supuesta presencia de un substrato braquicéfalo precelta en Europa (llamado “laponioide”, “estoniano” o mongoloide; cf. Blanckaert 1989: 188-93). El tipo todavía duró en la investigación antropológica europea durante algunos años más, pero ya contemplado en forma de ocurrencias aisladas y no como la base antigua del continente (*Ibid.*: 196-7). Trabajos más recientes han mostrado que, en contra de la idea inicial, la característica del cráneo ancho y corto aparece muy tarde en la evolución humana, y en Europa sólo se empieza a detectar en los restos de Cromagnones más recientes, asociados a la industria magdalenense, y más tarde, durante el mesolítico aunque la cronología es dudosa, en algún yacimiento centro-europeo como Ofnet en Baviera, anunciando ya la braquicefalia dominante hoy entre los alpinos (Valls 1980: 206, 218).

2.2. La raciología en España

Las ideas de los antropólogos franceses tardaron en ser aplicadas en nuestro país, y hasta fines del siglo XIX no se llevaron a cabo, por Aranzadi, Hoyos y Olóriz, estudios amplios de cráneos para formar series estadísticas comparables a las *crania* publicadas de otras naciones (Hoyos y Aranzadi 1892; cf. Ortiz 1987: 215-32). Por esa época la máxima autoridad española

era Manuel Antón y Ferrándiz, discípulo de Quatrefages en París y primer catedrático de antropología de la Universidad Central, entre 1890 y 1919 (Richard 2000). Antón tomó la idea de la dolicocefalia occipital que Broca había distinguido en los cráneos vascos como ya vimos, y la convirtió en el carácter dominante de la raza original de la península, que llamó libio-ibérica para señalar su origen norteafricano. Hubo un tiempo en que ambas orillas del Mediterráneo estuvieron ocupadas por esa raza, formada por individuos de carácter fuerte y rudo, “de genio franco y resuelto”, aunque “algo angosta de caderas” (Antón 1895: 31-2), hoy todavía presente en las zonas montañosas españolas y en las magrebíes donde forma el grueso del pueblo bereber que habita en la Cabília. El otro tipo importante, de pequeña talla y nariz aguileña, de ingenio agudo y “carácter suspicaz, inquieto y nervioso” (*Ibidem*), era la raza siro-árabe que había rodeado e infiltrado posteriormente a la anterior.

Varios años antes, con todo, Francisco M. Tubino había publicado una idea similar, aunque de repercusión más limitada por no haber visto la luz el volumen de la revista que contenía su trabajo (Tubino 1876; Puig-Samper y Galera 1983: 46). En su extenso artículo, Tubino pasa revista a todo el conocimiento prehistórico peninsular de la época, deteniéndose en los megalitos y las relaciones con Egipto, atacando el vascoiberismo pero defendiendo el carácter camítico de la lengua vasca (*vid. infra*), para terminar, siguiendo las ideas francesas del momento (*vid. infra*), identificando al tipo de Cromagnon como la base demográfica de la Península y el norte de África, actualmente representado en su forma más pura por la población bereber de las cabilas. El mismo autor ya había presentado una comunicación sobre el poblamiento peninsular a través del estrecho de Gibraltar en el congreso de Antropología y Arqueología Prehistóricas celebrado en Copenhague en 1869, donde fue acompañando a Vilanova (Sánchez Gómez 1994).

Hoy se cree que esa diferencia entre árabes y bereberes, que tanto Tubino como Antón defendían, era una construcción de la antropología francesa del siglo XIX, que traspasaba datos culturales a la biología imaginando una uniformidad demográfica original (bereber) en toda la región norteafricana, lo que justificaba muy bien la dominación colonial de toda ella frente a los movimientos independentistas locales (Boetsch y Ferrie 1989). La presencia de personas de pelo rubio entre los bereberes, al igual que en Andalucía (Tubino 1876: 144), así como las relaciones citadas por las fuentes clásicas (César comparó las costumbres bereberes a las de los germanos), junto con otros fenómenos como el megalitismo del norte de África (*vid. infra*), provocaron en algunos la idea de que también los pueblos del centro de Europa tendrían un origen norteafricano, lo que por otro lado subrayaba también

las ansiadas relaciones de España con la cultura europea (Boetsch y Ferrie 1989: 263; Richard 2000: 91-2).

2.3. Cromagnones, mechtoides y guanches

Los primeros restos del “hombre de Cromagnon” fueron descubiertos por esa fuerza impulsora del avance arqueológico que era entonces el ferrocarril, al hacer el camino a la estación de Les Eyzies en 1869. Sólo tres años después, Broca advirtió la semejanza entre los cráneos del Perigord y unos cráneos canarios de la colección Bouglival, que procedían del yacimiento del Barranco Hondo de Tenerife (Diego 1977: 273-4), y los estudios inmediatos de Quatrefages y Hamy (1872; 1882) señalaban ya que sus caracteres todavía estaban presentes al menos en dos grupos actuales: los habitantes “puros” de las cabilas argelinas y los descendientes de la población prehistórica canaria, que aún formaban una parte importante de los habitantes actuales del archipiélago (Camps 1992: 10). Como entonces todavía no se habían hallado restos prehistóricos del mismo tipo en el Magreb, se llegó a proponer una migración directa desde la Aquitania francesa a las islas afortunadas (*Ibid.*).

En 1876 el ministerio francés de Instrucción Pública encarga al joven antropólogo René Verneau una misión científica en las Islas Canarias, donde trabajará de forma intermitente hasta poco antes de su muerte en 1935. Durante varios años analiza una serie numerosa de cráneos prehistóricos, ya recogidos en el recién creado Museo Canario de Las Palmas y el Gabinete Científico de Santa Cruz de Tenerife, coincidiendo con los fundadores de la antropología canaria, Bethencourt, Chil y Naranjo, Millares Torres, etc. (Diego 1977: 275-7). Su clasificación de la población prehistórica en cuatro tipos (Guanche de rasgos cromañoides, semita, braquicéfalo y bereber) (Verneau 1885), aunque corregida en diversas ocasiones (Diego 1977: 278-81), permanece prácticamente hasta nuestros días, en que se sigue hablando de cromañoides y protomediterráneos en las islas (Onrubia 1987). La reducción a solo dos tipos se debió al estudio más amplio realizado hasta hoy, el desarrollado en los años cincuenta por la antropóloga alemana Ilse Schwidetzky, quien fue enviada a Canarias por Julio Martínez Santa-Olalla (Schwidetzky 1963), y a trabajos de la misma época debidos a Miguel Fusté (1958-59).

El estudio de los cráneos canarios, que sólo parece haberse interrumpido en los últimos años con el casi práctico abandono del paradigma racial por la antropología física, constituyó siempre un referente clásico para esta ciencia, con miles de cráneos que convertían a Canarias en una especie de “necrópolis atávica” (Estévez 1987: 123) y al Museo Canario, hasta la reforma de los años ochenta, en un escenario de película de terror (Eddy 1992: 124). De su importancia

da una idea el que en muchas publicaciones se presentasen fotografías de canarios actuales con cabeza “de Cromagnon” (p. ej. Diego 1977: 277), a los que los antropólogos buscaban con entusiasmo por los pueblos y calles de las islas (Schwidetzky 1956: 22). Todavía más llamativa resulta hoy la relación que se establecía entre forma y volumen craneal, inteligencia y género de los individuos, como cuando Grau-Bassas afirmaba que “los cráneos guanches muestran que las mujeres antes de la conquista debían ocupar un lugar distinguido como dotadas de mayor inteligencia que los hombres” (Grau-Bassas 1880, cit. en Estévez 1987: 125).

El “Cromagnon” norteafricano no fue descubierto hasta bastante después del primer estudio de los antiguos canarios. El llamado tipo de Mechta-Afalou, por los yacimientos argelinos de Mechta el Arbi y Afalou bou Rhummel, fue definido por H.-V. Vallois en 1934 tras los descubrimientos de los años veinte (cf. Chamla 1970). Enseguida se apreció su gran parecido con el Cromagnon francés (disarmonía craneo-facial, órbitas oculares rectangulares, alta estatura, etc.), y su estudio se vio favorecido por el gran número de restos óseos hallados, casi 500, de los que tres cuartas partes aparecen asociados a la industria ibero-mauritana, fechada entre 22.000 y 8.000 bp (Camps 1992: 10-1). Para su origen se propuso, tras la primera identificación con los tipos europeos, un origen próximo-oriental (donde los primeros cráneos de *sapiens* moderno, de Qafzeh y Skuhl, fueron llamados proto-cromañones), aunque hoy se piensa más bien en un origen local por evolución directa de los primeros *sapiens* del norte de África –antes considerados sin embargo neandertaloides–, de Jebel Irhoud, Dar es-Soltan y Temara (Camps 1974: 81-6).

Lo curioso es que el tipo Mechta, o mechtoides, ha sido también registrado en yacimientos africanos más recientes, de la industria capsense (c. 10.000-6.500 a. C.) e incluso del posterior Neolítico de Tradición Capsense en el Magreb, del Qadiense en Nubia (13.000-6.000 bp) e incluso en la fase prepastoral del Sahara durante la primera mitad del Holoceno (Dutour 1989). En todo este período final, los tipos mechtoides fueron ya contemporáneos de otro tipo, más grácil y dolicocefalo, llamado mediterráneo y antecesor directo de las poblaciones bereberes actuales. Para la escuela francesa (Chamla, Camps) el segundo tipo se interpreta por la llegada de poblaciones desde el oriente con esas características. Por su lado, la presencia de ambas formas en las Canarias era una prueba más de que el poblamiento isleño se realizó desde el norte de África y en un momento relativamente tardío.

Con el panorama anterior más o menos establecido, ocurrió entonces el cambio de paradigma y todo quedó en suspenso, como en una pose teatral de foto fija. Como dijeron dos autores de muy distinto cuño,

Thomas Khun (1971) y Louis Althusser (1975), los problemas teóricos no se *resuelven* sino que se *superan*. Es decir, se pasa de unos conceptos a otros sin que el paradigma antiguo haya sido realmente descartado por pruebas empíricas. En unos pocos años la mayoría de los antropólogos físicos dejaron de hablar de morfología tipológica (es decir, raza), sobre todo de los cráneos, y se concentraron en aspectos más parciales pero más seguros (sexo, dieta, patología, etc., con algunas incursiones, todavía inseguras, en la genética del ADN). A este cambio contribuyeron muchas causas: políticas algunas, como el rechazo de la noción de raza por el asombroso mal uso a que había dado lugar (ver por ejemplo Comas 1961), pero también otras más intrínsecas como las sucesivas “anomalías”, en términos de Kuhn, que ponían en entredicho el paradigma anterior.

En las áreas que estamos viendo aquí, sucedió entre otras cosas que los resultados de un extenso análisis de un elemento morfológico importante, la dentición, en los restos canarios antiguos no coincidieron en absoluto con la clasificación tradicional que antes vimos (Bermúdez de Castro 1985). Casi al mismo tiempo, otro amplio estudio de restos óseos del norte de África mostró una mucho mayor continuidad que la esperada en los tipos entre mechtoides y mediterráneos, sobre todo en los cráneos femeninos (Lubell y otros 1984).

Al final de un trabajo que comparaba los cráneos egipcios antiguos con una amplia serie de muestras de todo el planeta, en el contexto de averiguar si los primeros habían sido “negros” como defiende la corriente político-cultural del “afrocentrismo” en los Estados Unidos (cf. Lefkowitz 1997), Loring Brace y sus colaboradores (Brace y otros 1993) concluían que el concepto de “raza” es imposible de contrastar empíricamente, pues lo que existe es una variación continua de los distintos rasgos morfológicos, que cuando se agrupan lo hacen de formas distintas unos de otros. La división en grandes grupos raciales, aunque en las áreas centrales de la distribución pueda parecer lógica (los habitantes de China tienen rasgos diferentes de los de Alemania), es una simplificación cuando se aplica a todos los grupos, que encima suele tener consecuencias sociales y políticas nefastas. Por otro lado, el propio concepto de raza es muy reciente, una creación intelectual contemporánea, al igual que ocurre con la consideración inferior de la “raza negra”, que no aparece hasta el siglo XIX, poco después de que el tráfico de esclavos hacia América hubiese alcanzado su auge, pues antes se consideraba a los subsaharianos “diferentes pero iguales” (Davidson 1992: 45-6).

Algunos investigadores se han dedicado a buscar conexiones reales con un racismo, más político que científico, en algunos antropólogos de aquella época. Así, Michael Eddy recordó que Ilse Schwidetzky había sido denunciada por actividades nazis en un tribunal

de la República Democrática Alemana (Eddy 1992: 127). Este mismo autor también llamó la atención sobre el hecho de que, ya en 1925, el antropólogo británico E.A. Hooton había analizado los restos guanches de Tenerife concluyendo que no tenía sentido postular una “raza de Cromagnon”, sin que fuera seguido en ello no sólo en su tiempo sino mucho después (*Ibidem*: 126).

No obstante, el paradigma racial se resiste a desaparecer y su gran poder de evocación atávica explica el permanente éxito de que goza en las concepciones populares de la historia. Esta puede ser también la razón por la que muchos científicos profesionales aún lo empleen cuando necesitan un eco mediático para sus trabajos –muy conveniente para obtener financiación– y que aparezca en las más recientes polémicas político-antropológicas, como la del esqueleto de Kennewick hallado en el Noroeste de los Estados Unidos. De este resto se discute con apasionamiento si era caucasoide o mongoloide, pues en el primer caso (o si fuese de tipo polinesio o ainu) no estaría afectado por la ley NAGPRA que obliga a reenterrar todos los huesos excavados de antepasados de los indios actuales, y por lo tanto podría seguir siendo estudiado por los antropólogos (ver p. ej. Powell y Rose 1999). En lo que respecta a las Canarias, el mismo Michael Eddy, que había atacado los aspectos míticos de la prehistoria de las islas en varias ocasiones, apareció después en un documental televisivo (Reid 1999) defendiendo la relación de las momias guanches con las del Egipto faraónico y la autenticidad prehispanica y origen igualmente egipcio de las pirámides de Güimar, que la investigación canaria actual atribuye a fechas mucho más recientes (Mederos 1999).

2.4. Vascos, iberos y camitas

Desde hace siglos se ha pensado que la lengua vasca era la única representante actual del idioma que se habló en la antigüedad en toda la península, postura conocida como “vascoiberismo” (Caro Baroja 1982). Aunque muchos atribuyen su inicio a Wilhelm von Humboldt (1879 [1821]), que la expuso con gran rigor a comienzos del siglo XIX, ya había sido propuesta por autores españoles desde el siglo XVI (L.M. Sículo, E. de Garibay, A. de Morales, Moret, Larramendi, Astarlo, Hervás y Panduro, Erro, etc., con la oposición del P. Flórez), adquiriendo paulatinamente fuerza la idea de que los primitivos iberos hablaban un idioma relacionado con el vasco, cuando no el vasco mismo. La base para tal identificación eran los paralelos existentes entre un gran número de topónimos antiguos y los sonidos y raíces de la lengua vasca actual. Los ilustrados de esa región que defendían la idea sentían el orgullo de ser vascos, pero no como un grupo separado del resto de los españoles, sino como los más puros de todos ellos por ser los únicos que conservaban

la lengua original, es decir, “los más españoles de los españoles” (Caro Baroja 1982: 21).

Uno de los continuadores de Humboldt y gran impulsor del conocimiento del ibérico, Hugo Schuchardt (1842-1927), propuso que tanto esa lengua como el vasco se podían incluir en el grupo norteafricano de la familia de lenguas camito-semíticas, hoy llamadas afroasiáticas por su presencia en ambos continentes (Hayward 2000). La idea tuvo una gran aceptación pero los análisis más detallados que luego se llevaron a cabo probaron que entre vasco y bereber no había caracteres lingüísticos en común, sino sólo la usual lista de palabras relacionadas, y a comienzos de los años cuarenta comenzó a ser sustituida por la hipótesis de una relación, propuesta años antes y que después a su vez se demostró también remota, entre el vasco y los idiomas caucásicos (trabajos de Uhlenbeck, Lafon, Bouda, etc., cf. Caro Baroja 1982: 117-18). El vascoiberismo en su versión clásica también fue rechazado, al demostrarse que la situación lingüística peninsular a la llegada de los romanos era muy variada y por lo tanto el primitivo vasco era sólo una de las lenguas allí habladas (*Ibid.*: 99).

No obstante, el antiguo ibérico es la lengua que más relación tiene con el vasco de todas las peor o mejor conocidas, aunque ello no ha servido, como se esperaba, para poder traducir la escritura ibérica, y por eso la hipótesis hoy más aceptada es que la relación se debe a estrechos contactos entre vascos e iberos en la protohistoria y no a una relación genética (Micheleina 1978). Los trabajos de Tovar también acabaron desvinculando el ibérico de las lenguas afroasiáticas, hacia la misma época en que España perdía sus territorios del norte de África tras la independencia de Marruecos (Tovar 1961). De todas formas, los análisis estadísticos de este autor y otros lingüistas sugerían que las lenguas actuales más próximas al vasco seguían siendo las bereberes, aunque los elementos comunes del vasco, ibérico y bereber podrían provenir de substratos lingüísticos europeos y africanos muy antiguos, sin necesidad de una lengua única antepasada de las tres (Tovar y otros 1961).

La separación de las lenguas vasca e ibérica tuvo también su contrapartida en el aspecto antropológico. De los restos humanos hallados en dólmenes y otros yacimientos “eneolíticos” que excavaron en los países vasco español y francés, Aranzadi y Barandiarán habían delimitado un tipo vasco original de pastores trashumantes, la “raza pirenaica occidental” (mesocéfala de pescuezo erguido y barbilla recogida, nariz larga y puntiaguda, etc.), cuya distribución prehistórica, coincidiendo con los datos lingüísticos de la toponimia, era mucho mayor que la actual (Barandiarán 1953: 137-8, fig. 93). Los mismos autores habían exhumado también restos paleolíticos, y dos cráneos del yacimiento de Urutiaga hallados en los años treinta mostraban rasgos intermedios entre el tipo Cromagnon (entonces

también llamado guanche) y el tipo pirenaico, lo que fue interpretado como resultado de una evolución *in situ* de las poblaciones vascas sin necesidad de ninguna aportación exterior, y mucho menos africana (*Ibidem*: 40-1; Azcona 1981: 77).

2.5. ¿Negroides en Europa?

Del gran número de esqueletos de inicios del Paleolítico Superior que fueron exhumados en las cuevas de Grimaldi al norte de Italia, dos de ellos, una mujer adulta y un adolescente hallados en 1901, fueron clasificados como negroides por R. Verneau (1906), debido a algunas características tenidas como típicas de ese tronco racial (gran prognatismo, piernas y antebrazos largos, canal subnasal). Hasta hace pocos decenios no se reconoció que la reconstrucción de los cráneos era muy defectuosa y el prognatismo se debía a ello, pero durante la mayor parte del siglo XX muchos no vieron inconveniente en admitir que individuos de raza negra habían habitado el continente europeo durante la última glaciación, e incluso que todos los habitantes del África subsahariana provenían de esa raza de Grimaldi, hoy clasificada como una variante más del Cromagnon. De cronología más reciente (7.000-5.000 bp), los concheros portugueses de Muge contenían un gran número de tumbas, de las que se extrajeron múltiples esqueletos que también fueron clasificados por A. Mendes-Corrêa (1917) como pertenecientes a las razas “ecuatoriales” al igual que los restos de Grimaldi.

3. RELACIONES CULTURALES ENTRE LA PENÍNSULA Y ÁFRICA

3.1. El Paleolítico

La conexión entre la prehistoria africana y europea no se limitó a las razas y lenguas, sino que también funcionó con las industrias líticas. Cuando se publicaron las primeras industrias del Magreb a comienzos del siglo XX, la arqueología estaba abandonando el paradigma evolucionista del siglo anterior, que solía explicar los paralelos culturales por desarrollo independiente (convergencia evolutiva), y comenzaba a regirse por el difusionismo, que los atribuía a contactos entre pueblos o migraciones (Sheppard 1990). Así, el Ibero-mauritano definido por Paul Pallary en 1909 debía sus microlitos de dorso a la relación con el sureste de España donde materiales parecidos habían sido publicados por los hermanos Siret unos años antes. En la misma fecha Jacques de Morgan, L. Capitan y P. Boudy (1910-11) publicaron la primera referencia al Capsiense, que Capitan y sobre todo Henri Breuil, en su famoso trabajo de clasificación de las industrias del Paleolítico Superior de 1912, relacionaron con el Au-

riñaciense francés. La idea de Breuil fue luego reforzada por M. Reygasse (1922), al afirmar sin ninguna duda que la industria francesa tenía un origen claro en el norte de África. Aunque la investigación posterior, en especial el cribado de los depósitos excavados que mostraba que la industria africana era mayoritariamente microlítica y por lo tanto holocénica, y el definitivo trabajo de Raymond Vaufrey (1933) acabaron con la conexión africana del Auriñaciense, la idea y otras similares subsistieron en trabajos publicados hasta la época de la independencia de los países magrebíes (cf. Fernández Martínez 1996: 24-5, 92-100).

En España la hipótesis del Capsiense como origen de todas o varias de las industrias del Paleolítico Superior tuvo un gran éxito, al ser adoptada por las principales autoridades en el tema (Obermaier, Almagro, Pericot, etc.). Obermaier colocaba todavía antes la influencia africana, en el Musteriense “ibero-mauritánico” descubierto en el Manzanares y que tenía raíces aterrienses y sbaikienses (Obermaier 1925: 98-9, 226-7), siendo la última una industria de finas puntas bifaciales, entonces tomadas como del Achelense final o Ateriense y a las que hoy se atribuye cronología neolítica (Camps 1974: 294). El Capsiense inferior africano era el origen del Auriñaciense europeo a través de la Península Ibérica, para el Solutrense y Magdalenense, limitados al norte peninsular, se admitía un origen europeo y el Capsiense Superior era luego el origen de todas las industrias microlíticas post-glaciares, llamadas en general tardenoienses (Obermaier 1925: 228-33, 362-4). Al igual que ocurría en la prehistoria francesa, y por razones “de muy diversa índole” (Forkea 1973: 24), la idea de un contacto con África se veía en España con gran simpatía, mayor incluso que la que tenían los prehistoriadores franceses que trabajaban en el Magreb desde el cambio auspiciado por Vaufrey, quienes más elementos de juicio tenían sobre el tema (*Ibidem*: 26).

Los trabajos de Pericot en Parpalló demostraron más tarde que la influencia septentrional del Magdaleniense había llegado hasta el Mediterráneo, lo que llevó a Obermaier a reducir, ya en los años treinta, la influencia del Capsiense Superior únicamente al final de la secuencia (Forkea 1973: 26). Pero otros investigadores (Fletcher, Almagro, Bosch Gimpera, Santa-Olalla) recuperaron durante los años cuarenta al Capsiense como origen de todo aquello que no fuera magdaleniense en la Península. El mismo Pericot (1942) reforzaba la idea africanista al proponer un origen del Solutrense francés en su equivalente del Mediterráneo español, que a su vez podría haber derivado del Ateriense del norte de África y Sahara.

En los años cincuenta eran cada vez más las voces autorizadas de prehistoriadores del Magreb (Vaufrey, Sauter, Balout) que negaban todo tipo de influencia del sur hacia el norte, y entonces comenzó la reti-

rada de las posturas africanistas españolas en lo que respecta al Paleolítico, hasta abandonar completamente la idea a fines de la década. Jordá fue quien entonces con más claridad rechazó el origen africano, primero para el Solutrense (Jordá 1955) y luego para las industrias microlíticas, aunque proponiendo para éstas un origen peninsular (Jordá 1956; ver un resumen del tema en Forkea 1973: 23-39).

Las relaciones que acabamos de ver eran entre la Península y el norte de África, pero también se propusieron ideas que ligaban nuestra prehistoria con pueblos situados más al sur. Así, siguiendo el paradigma difusionista de los “círculos culturales” se buscaron paralelos entre las zonas en que coincidían dos elementos tan dispares como un supuesto “derecho materno” y la presencia de hórreos. Esto ocurría en el norte de España, donde las fuentes clásicas sugieren la existencia de un mayor prestigio social de las mujeres en época prerromana, y en el cinturón matrilineal bantú, que se extiende al sur de la gran selva centroafricana y a miles de kilómetros de nuestro país. Aunque expresado con mucha prudencia, se pensaba que ello podría indicar un cierto “substrato” común entre ambas regiones (Caro Baroja 1986: 76-8).

Todavía más antiguo, y por ello menos preciso, era el propuesto “círculo de cazadores de las estepas” al que habrían pertenecido todos los pueblos paleolíticos europeos y africanos, quedando todavía en la segunda zona, definida como un “inmenso yacimiento en vivo”, un residuo en los grupos pigmeos y bosquimanos actuales (Caro Baroja 1986: 79-80). El gran parecido existente entre el arte levantino de la Península y el subactual de los bosquimanos surafricanos ya había sido puesto de manifiesto en varias ocasiones por Obermaier, pero admitiendo una explicación evolucionista de posible convergencia (p. ej. en Obermaier 1925: 295-6).

3.2. El Neolítico y la Cultura de Almería

Aunque desde los años treinta ya se ponía en entredicho la procedencia africana de nuestro Paleolítico, y por ejemplo en la época de mayor exaltación nacionalista española aquella era negada por algunos con vehemencia (Martínez Santa-Olalla 1941: 148-50), el consenso era general sobre el origen norteafricano de las culturas productoras de la Península (*Ibid.*: 151). Aquí lo que primaba era un origen a partir de los focos civilizadores del Oriente Próximo, en especial de Egipto, siguiendo el camino más corto a través del norte de África, y esta idea aparece ya en las primeras propuestas de fines del siglo XIX e inicios del XX, elaboradas sobre todo por L. Siret (Hernando 1999: 93-103), teniendo tal vez su expresión más clara en el trabajo posterior de O. Menghin (1941), que había excavado en Egipto y colocaba el origen de la cultura

material del Neolítico peninsular, en especial el trabajo del sílex pero también la cerámica, en la egipcia pre-dinástica e incluso en la todavía más lejana de Nubia (p. ej. comparando la cerámica campaniforme con la del Grupo C, *Ibidem*: 182).

Desde las primeras síntesis de Bosch Gimpera, reunidas en su obra de 1932, éste había seguido la idea de un Neolítico de habitantes de cavernas que habían registrado en el norte de África los investigadores franceses (Pallary, Vaufray), y que él asimiló con la “Cultura de las Cuevas” peninsular. Aunque partía de un común substrato capsense o “tardenocapsense” a ambos lados del estrecho, este Neolítico tenía un origen inmediato en el Neolítico de Tradición Capsense definido por Vaufray, y ese origen fue luego admitido por Martínez Santa-Olalla (1941: 151) en el mismo nombre que le adjudicó, cultura hispanomauritana. Ambos autores españoles veían todavía mayor influencia africana en la fase siguiente, la Cultura de Almería, que Bosch incluso llegó a identificar con una nueva migración de poblaciones saharianas, por el hallazgo de puntas de sílex y cerámicas lisas (Bosch 1945: 68-72).

Los cambios de posición comenzaron por indicaciones de los especialistas en el norte de África, y así, a inicios de los años cincuenta, Balout (1953) insinuó que las relaciones entre ambos continentes pudieron seguir una dirección opuesta a la pensada, es decir, de norte a sur. Poco después publicó L. Bernabo Brea su libro sobre Arene Candide sugiriendo que la primera cerámica neolítica, la impresa cardial, había llegado por la otra orilla, la septentrional, del Mediterráneo. Pero el abandono definitivo de la hipótesis de un origen africano del Neolítico peninsular fue obra de un investigador español, Miquel Tarradell, que se encargó por primera vez de excavar cuevas inmediatamente al sur del Estrecho, observando que la cerámica cardial era allí escasa y tardía, y por lo tanto no era probable que fuese aquélla su puerta de entrada hacia nosotros (Tarradell 1965; Fernández Martínez 1997: 712-3).

3.3. La cultura ibérica

Al considerar a la cultura ibérica como una continuación de la de Almería, Bosch (1932) le atribuía también un origen africano, continuando las primeras ideas de Joaquín Costa y Louis Siret en el siglo XIX y de Schulten a inicios del siguiente (Schulten 1914: 27-51). La idea, simplificada como que los iberos venían de África, tuvo un gran éxito pues representaba la oposición a la entrada por el norte de los Celtas, y pasó a todos los manuales escolares (Tarradell 1965: 178-9; Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís 1997). En el terreno arqueológico explica que se aceptara como africana una supuesta necrópolis ibérica excavada por un particular en la región argelina de Orán, cuyos materiales un estudio reciente demuestra que con toda probabili-

dad proceden de la región levantina española (Santos 1983). También se debe a Tarradell la principal aportación para el rechazo definitivo de tales teorías, al demostrar empíricamente que había muy pocos restos que se pudieran adscribir a la cultura ibérica en sus excavaciones de Tamuda y Lixus (Tarradell 1959).

4. EL CONTEXTO EPISTEMOLÓGICO

4.1. El difusionismo

El paradigma difusionista, que explica la variación histórica por contacto y movimientos entre unas culturas y otras, comenzó a dominar en la arqueología europea a finales del XIX, coincidiendo con el auge del nacionalismo provocado por las profundas crisis sociales del primer capitalismo (Trigger 1992: 144-50). No obstante, comparar materiales de diferentes culturas buscando parecidos era una actitud normal durante el auge del primer evolucionismo, y de hecho el paradigma bíblico usado desde la Edad Media era también difusionista, al explicar todas las culturas actuales por una expansión original del pueblo judío tras el Diluvio Universal y la construcción de la Torre de Babel (*Ibid.*: 40-3). Las influyentes síntesis de Montelius y de Childe, con su idea de una difusión general partiendo de las áreas nucleares del Próximo Oriente (*Ex Oriente Lux*), influyeron en la arqueología europea desde fines del siglo XIX hasta mediados del XX, y también sirvieron en parte para justificar la actividad colonial de naciones como Francia y Gran Bretaña en aquella y otras regiones próximas, puesto que en cierta forma los países europeos avanzados representaban a los verdaderos herederos de las antiguas civilizaciones del Creciente Fértil, en mucha mayor medida que los “degenerados” reinos musulmanes de la época (*Ibid.*: 155-6). También el difusionismo, al presentar toda la historia definida por intercambios y migraciones, justificaba como natural la lucha contemporánea por nuevos territorios y materias primas (Todorov 1991: 294-5).

En el resumen que acabamos de ver sobre la construcción de las teorías africanistas de la prehistoria española, que no olvidemos coinciden en gran parte con las francesas y de otras partes de Europa, advertimos que se basaba en los parecidos (de cráneos, vocablos, piedras talladas, cerámicas, etc.) entre una y otra parte del Mediterráneo. Es decir, se trataba de mecanismos esencialmente difusionistas. Aunque en esas explicaciones jugaba un importante papel la civilización egipcia oriental, sobre todo en autores como Siret o Menghin para el Neolítico y la cultura de Almería, la mayoría (Bosch, Santa-Olalla, Almagro, etc.) buscaba más bien los orígenes en el Noroeste de África y el Sahara, aceptando todos que la proximidad racial y lingüística entre ambas zonas provenía de tiem-

pos mucho más remotos. Por eso el africanismo prehistórico español no fue un ejemplo más del *Ex Oriente Lux*, por ser una parte de ese continente el paso obligado o más corto para la llegada de la luz civilizadora oriental hacia nosotros. Más bien la postura de los prehistoriadores españoles se alineaba con otras que también se oponían al paradigma o “espejismo” oriental (*Le mirage oriental*, escribió Salomon Reinach en 1893) (Trigger 1992: 155), y en nuestro caso se pudo hablar de un “espejismo africano” (Tarradell 1965: 174).

4.2. El caso pionero de Argelia

La primera experiencia arqueológica de los franceses en Argelia, región vista como una “colonia de poblamiento” donde muchos de ellos se iban a instalar progresivamente en las mejores tierras agrícolas arrebatadas a sus ocupantes milenarios, es muy instructiva al respecto (Coye 1993). Más que en el caso español, esa ocupación del territorio necesitaba de una intensa actividad científica que permitiera su “control” (Lucas y Vatin 1975: 15), y por eso la primera gran expedición investigadora en la región de Constantina tuvo lugar en un momento tan temprano como 1837 (Coye 1993: 100).

Pronto se empezaron a ver relaciones entre los dos continentes y, así, se atribuyó a la existencia antigua de un gran mar interior en el Sahara el fenómeno de las glaciaciones europeas, mientras los primeros bifaces hallados mostraban que también en África había existido una Edad de la Piedra (Coye 1993: 100-2). Pero lo mejor vino con el hallazgo de restos megalíticos, pues ya en 1863 se les llamó sin rubor restos “célticos”, que era como se denominaban por entonces en toda Europa, habiendo sido construidos también por la primera raza europea, la única que entonces se distinguía antes de la época romana. Luego en el norte de África también habían vivido los celtas, hasta la invasión de los árabes en la Edad Media. De ello se deducía que “la presencia francesa en Argelia ya no era consecuencia de una intrusión, sino el regreso de un ocupante más legítimo, por ser anterior al ocupante actual” (*Ibid.*: 104-5).

Cuando pocos años después se abandonó en Europa la identificación céltica de las tumbas que a partir de entonces se llamaron megalíticas, esto no produjo cambios importantes en Argelia, pues justo en aquel momento comenzaban los estudios craneológicos y la construcción del llamado “paradigma bereber” (Boetsch y Ferrie 1989). Aunque ya no fueran celtas, esos bereberes seguían siendo de origen europeo, o en todo caso su clase dirigente lo era, y el mismo uso del apelativo megalítico y los términos asociados (dolmen, menhir, etc.), que Cartailhac reprochaba a Pallary como una simplificación lingüística, contribuía a reforzar la idea de una difusión desde el norte para las poblaciones norteafricanas (Coye 1993: 109-15).

Al mismo tiempo, se intentaba ligar las industrias líticas de la zona con las europeas, recién definidas por Lartet y Mortillet. La dificultad que esta relación entrañaba, unida a la escasez de yacimientos estratificados en la región africana, provocó que durante cuatro décadas, hasta la segunda del siglo XX, sólo se registrasen restos de las fases más antiguas (Chelense y Musteriense) y más recientes (Neolítico, megalitismo), precisamente las que más claramente “procedían” de Europa (Coye 1993: 121). Al final se tuvo que renunciar a la “teoría del sincronismo” que postulaba una misma secuencia lítica universal y, como ya vimos, hacia 1910 Morgan y Pallary aceptaron la especificidad africana proponiendo casi al mismo tiempo una larga serie de nombres nuevos para las industrias (Gutuliense, Capsiense, Iberomauritano, Mauritano, etc.), pasando, como dice Coye (*Ibid.*: 132), “de un exceso al otro”. Claro que el cambio, que podríamos decir que estuvo impuesto más por los datos que por las teorías, no supuso un giro radical en la esencia de las mismas, puesto que Pallary relacionó el Iberomauritano con España, y Capitan, Breuil y Reygasse el Capsiense con el Auriñaciense europeo (*vid. supra*). Aunque ahora la dirección de la difusión era la contraria, de sur a norte (lo que algunos franceses habían propuesto sin gran éxito durante el siglo anterior –cf. Coye 1993: 115–, y en España por Tubino como vimos, y que tal vez fuera una idea más aceptable ahora que la colonia francesa estaba ya bien establecida), se mantenía la misma imagen de unidad prehistórica entre ambos continentes.

5. EL CONTEXTO HISTÓRICO Y CULTURAL

5.1. Colonialismo, nacionalismo y el papel de la ciencia

Hacia 1870 el continente africano era en su mayor parte desconocido para los europeos, y poco más de treinta años después había sido totalmente dominado y repartido entre cinco países europeos (Gran Bretaña, Francia, Portugal, Italia y Alemania), a los que habría que añadir Bélgica algo después y España con mucha menor participación territorial. Aunque hubo episodios de resistencia (el período mahdista en Sudán, la derrota italiana que permitió a Etiopía seguir como país independiente hasta los años treinta), en general la gran superioridad tecnológica de los europeos y la división en múltiples unidades políticas del continente hizo de la conquista una labor relativamente fácil. Su parte más desagradable, como las mortandades causadas por los ingleses a los mahdistas en la batalla de Ondurman o por los alemanes a los Herero en Namibia, no llegó nunca a oídos del público europeo, que siguió la historia apasionado por las otras tres “C” que el ex-

plorador y misionero Livingstone había propuesto para “curar esa herida abierta del mundo”: Comercio, Cristiandad y Civilización (Pakenham 1991: xxiii-xxv).

Aunque resultado final de varios siglos de intromisión y esclavismo en el continente, la colonización fue tan rápida y, en cierto sentido, tan inesperada que todavía hoy sigue intrigando a los historiadores como lo hizo con los intelectuales de la época. Parece que las habitualmente eficaces explicaciones económicas funcionan mal en este caso, pues ni el capital europeo había llegado todavía a una fase monopolística acorde con el reparto geográfico, como propuso Lenin, ni el continente europeo sufría una presión demográfica insostenible que justificase la precipitada búsqueda de nuevos territorios (Pedraz 2000: 259-66). Es posible que aquí, como en muchos otros casos, funcione mejor una interpretación basada en el análisis de la fuerza de lo ideológico (ver p. ej. Barrett 1991).

Resulta curioso que hasta el mismo Marx, que sobre todo quiso enseñarnos a descubrir siempre la base existencial y material que hay detrás de todas las construcciones mentales, se dejara “engañar” por la potente superestructura que justificaba la colonización, pues creía que el imperialismo británico actuaba según un modelo de avance social al destruir las formaciones sociales primitivas, acelerando así el paso hacia el socialismo futuro (aunque luego cambió de opinión cuando vio las condiciones que aquél provocó en Irlanda) (Rodríguez Braun 1989: 153-93). Claro que Marx escribía en una época en que la idea de la superioridad europea era indiscutible (Ghandi 1998: 71-2), y la misma teoría marxista original constituye una de las metanarrativas fundamentales de la modernidad y del progreso, que en su conjunto fue “enseñado” por Occidente al resto de la humanidad (Berman 1988: 81-128).

La ideología que sustentó toda la vasta empresa colonial no podía ser otra que el nacionalismo, pues la conquista hizo sentirse a los ciudadanos de los países colonizadores orgullosos de serlo, en un momento en que se estaban formando las conciencias de las actuales naciones europeas (Gellner 1988; Todorov 1991: 290-301). La empresa podía ser todo un bálsamo fortificante para los franceses tras su derrota frente a los prusianos, para los alemanes e italianos que estaban creando su propio país, y para otros como los británicos por competencia en mantener la supremacía, o para portugueses y españoles por simple emulación o para compensar la desaparición de su viejo imperio (Martínez Carreras 1993). El que muy pronto comenzara una brutal explotación económica de las regiones conquistadas, con el caso más extremo en la posesión personal que el rey de Bélgica, Leopoldo II, ejerció durante tres décadas sobre la región del Congo, no se contradice con que el impulso que movió los ejércitos a lo ancho del continente durante ese mismo tiempo fuera en lo fundamental ideológico. La famosa definición

que dio otro de los emprendedores primeros capitalistas coloniales, Cecil Rhodes, de su actividad en África: “filantropía más el 5%” (Davidson 1992: 185), no es una muestra de escepticismo como opina Almudena Pedraz (2000: 265; el término debería ser “cinismo”, pues la filantropía era más bien escasa y el beneficio mucho más alto del modesto y “honrado” 5%), sino de la casi perfecta armonía que las construcciones intelectuales de la época consiguieron entre los intereses materiales y “espirituales” de Europa.

Que el centro de investigación fundado por los británicos en África Oriental se llamara precisamente Instituto Rhodes-Livingstone, poniendo además el nombre que significaba la ganancia económica por delante del de la filantropía, nos habla del importante papel que la ciencia jugó dentro del colonialismo (ver Hannerz 1986: 179-87 sobre el lugar del instituto en la antropología africana). Hace ya tiempo que filósofos e historiadores de la ciencia de la corriente “externalista” (Hessen, Zilsel) mostraron hasta qué punto la construcción de la ciencia y la tecnología europeas respondió a la necesidad expansiva del continente, capitalista primero y colonial poco después (Harding 1998: 26-33). Los movimientos multiculturalistas actuales han hecho ver además que esa expansión intelectual acabó con el desarrollo de múltiples “saberes locales” a la vez que tomaba, y sigue tomando, los resultados que le interesaban de ellos sin casi nunca reconocerlo (*Ibid.*: 33-7).

Almudena Pedraz recoge un par de interesantes ejemplos españoles de esa relación de los campos científico, militar y económico, que también muestran cómo las funciones “prácticas” de la ciencia no son tan actuales como los ideólogos del capitalismo tardío nos quieren hoy hacer ver. Tras el final de la primera guerra española en el norte de África (1859-1860), un militar criticaba que el avance de las tropas hacia el sur se vio seriamente perjudicado por la falta de un estudio geográfico que no se había hecho, aunque había asentamientos españoles en la costa cercana desde hacía cuatro siglos (“cada río que se encontraba, cada monte, cada desfiladero, cada obstáculo era un dato que no se poseía”, Victoriano de Ameller, cit. en Pedraz 2000: 56). Más tarde, en 1885, la labor de las pesquerías canario-africanas cerca de la costa del continente se vio también retrasada porque se compraron barcos y aparejos en Escocia que no servían para la zona (“¡Cuántas defecciones, procedentes de la falta de verdadero estudio especial y práctico de las condiciones locales!”), Federico Rubio, cit. en Pedraz 2000: 130).

Más cercanos a la arqueología que los geográficos son los trabajos y resultados de la antropología, sobre cuya relación con el sistema colonial se ha publicado en abundancia (p. ej. Leclerc 1973; Kuper 1973: 123-47). Un buen resumen de la transición sufrida por los antropólogos en África la ofreció Hooker (1963) al decir que habían pasado de ser las “alegres

criadas del colonialismo” a ponerse claramente en contra de sus naciones de origen y abandonar al final la propia tarea antropológica convirtiéndose en historiadores, para acabar con aquella dicotomía que decía que sólo los países avanzados tenían historia, mientras los atrasados tenían “sólo” antropología (Mudimbe 1988; Donham 1999a).

5.2. El caso del colonialismo español

La relación de España con África en los últimos siglos también estuvo caracterizada por un marcado acento nacionalista hispano. Durante mucho tiempo fue recordado aquel pasaje del testamento de Isabel la Católica que pedía continuar la Reconquista en el norte de África con la ayuda de la Iglesia, algo que se vio impedido por el descubrimiento y vuelco del país hacia América (Pedraz 2000: 31). El parlamento de un personaje de Galdós en su novela sobre la primera guerra de África, *Aita Tettauen*, revela un estado de ánimo muy extendido durante el siglo XIX y, ya menos, los inicios del XX: “¡Qué gloria ver resucitado en nuestra época el soldado de Castilla, el castellano Cid, (...) Vemos en manos del valiente O'Donnell la cruz de Las Navas, (...) [La reina Isabel] nos señaló el África como remate y complemento del solar español (...) Del Pirineo al Atlas, todo será España” (Pérez Galdós 1979: 24). Véase también este otro comentario, ya en boca del autor: “Fueron los españoles a la guerra porque necesitaban gallear un poquito ante Europa, y dar al sentimiento público, en el interior, un alimento sano y reconstituyente” (*Ibid.*: 31-2).

La idea de que España terminaba realmente en el macizo magrebí del Atlas fue defendida en su juventud por Cánovas, aunque luego su pragmatismo le impidiera aplicarla cuando estuvo en el poder (Pedraz 2000: 142), y formó una parte fundamental del pensamiento de Joaquín Costa, uno de los principales impulsores de la intervención militar a través de sus combativos escritos y de la creación de la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas (*Ibid.*: 143-52). Costa, que realizó estudios arqueológicos y era firme partidario del vascoiberismo (Costa 1895; Pino 1994: 225), utilizaba los datos de la arqueología para defender la anexión, como la presencia megalítica que tan bien venía a los colonos franceses en Argelia (*vid. supra*) o las relaciones durante las épocas ibérica y romana (Pedraz 2000: 145-6).

En los textos de Costa se desarrolla una combinación de impulso patriótico, ansia de conocimientos e interés económico. Los dos primeros se relacionaron entonces con frecuencia, pues los científicos recordaban, como todavía hacen hoy, a los políticos la vergüenza que suponía el retraso de España frente a otros países europeos. Entre múltiples testimonios, se puede recordar el del antropólogo Francisco de las Barras de Aragón, que decía en 1896: “casi todo el conocimiento

que se tiene de nuestras posesiones es debido a los exploradores y naturalistas extranjeros” (cit. en Martínez Sanz 1992: 118). Esa falta de apoyo oficial a la investigación se relaciona sin duda con la escasa participación económica española en África, donde las pocas empresas que se crearon, como las pesqueras del banco sahariano, actuaban además en régimen de monopolio y con capital de origen aristocrático. La debilidad de la burguesía española, acentuada tras su alianza con la aristocracia tras la Restauración, ha sido señalada como causa principal del fracaso colonial español (Hernández Sandoica 1982). Resulta curioso que la mayoría de los pocos exploradores españoles en África durante el siglo XIX (Badía, Gatell, Murga, Iradier, etc.) fueran de origen catalán o vasco, las dos regiones de las que se puede decir que iniciaron la revolución burguesa en nuestro país.

Por otro lado, esa conciencia de frustración nacional podría explicar que entre los mismos exploradores y aspirantes a colonizadores españoles apareciera a veces la idea de los aspectos negativos de la propia labor. Así, el valenciano Víctor Abargues, tras su viaje al Mar Rojo y Etiopía, decía que él no había ido con “el pretencioso título de civilizador, pues se ha tomado, casi siempre, para encubrir el verdadero propósito del viajero”, que era comercial; tal vez por ello Costa criticó que ese viaje había sido demasiado científico y poco práctico territorialmente (Pedraz 2000: 120-1). Lo anterior choca con otras afirmaciones de Costa en que, arrastrado por la ideología, se deshacía en cantos de hermandad hacia los norteafricanos (*Ibid.*: 145). Muchas de esas utopías ideológicas se debieron desvanecer cuando los asistentes al Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil de 1883 escucharon a Cánovas en su discurso de clausura afirmar que desconfiaran de los optimismos y que sólo “la espada” podía garantizar el derecho colonial (*Ibid.*: 230).

Aunque existía ya un dominio español sobre la isla guineana de Fernando Poo desde finales del siglo XVIII, los territorios africanos no se instituyeron hasta comienzos del siglo XX, y en el caso del principal, el protectorado de Marruecos, no fue pacificado hasta 1926. Por ello la actividad colonial española en África fue de corta duración, si tenemos en cuenta que en 1956 se independizó Marruecos, en 1968 Guinea y en 1975 el Sahara Occidental (Martínez Carreras 1993: 123-5). De hecho, las colonias no funcionaron como tales, con sus instituciones normales, prácticamente hasta la época franquista, que fue el régimen que más atención les dedicó, para compensar el aislamiento internacional a que fue sometido. Lo mismo se puede decir de las instituciones culturales, que prácticamente no existieron hasta los años cuarenta (Morales 1986; Fernández Martínez 1997: 705-9).

Nuestro colonialismo se pareció mucho al portugués, por su carácter más ideológico que económico

(un colonialismo “de subsistencia”; cf. Torre 1992), y por eso en ambos se dio esa pobreza investigadora que comentamos (Sánchez Gómez 1997: 303). Pero a diferencia de nuestro país vecino, donde las colonias fueron un elemento aglutinador de la identidad nacional como en otros países europeos, nuestras “posesiones”, sobre todo Marruecos, fueron desde el comienzo causa de tensiones y guerras, algunas de ellas muy sangrientas e impopulares (Torre 1992: 8). La opinión pública empezó a oponerse a la intervención antes de fines del XIX (Morales 1988: 121) y los novelistas que han escrito obras o crónicas “marroquíes” (Alarcón, Galdós, Barea, Díaz Fernández, Goytisolo) de forma invariable ofrecen una imagen más bien fea de nuestra presencia allí (*Ibid.*: 138-48), coincidiendo con algunos autores de otros países, como Alphonse Daudet en su famoso *Tartarin de Tarascon* (Lucas y Vatin 1975: 21).

Una de las causas de ese rechazo fue probablemente la identificación del ambiente colonial con lo militar, pues África se veía en el ejército como la mejor posibilidad de ascenso profesional y no hay que olvidar que el régimen franquista surgió precisamente de un golpe militar urdido en el mismo entorno. El entronque familiar de la clase militar y la burguesía españolas puede explicar que en bastantes viviendas acomodadas del país todavía existiese hasta hace poco ese “rincón marroquí” con su mesita taraceada de nácar, pipa de agua, gumiá y espingarda rifeñas, etc., que describe el embajador Alfonso de la Serna en el prólogo al libro de Morales (1988: 7). También la presencia militar fue muy directa en las actividades científicas del norte de África, tanto las españolas durante los disturbios del Rif (cuando “los arqueólogos tuvieron a veces que abandonar la herramienta y empuñar el fusil”, según se contaba en la sesión inaugural del I Congreso Arqueológico del Marruecos Español en 1953), como en las francesas, tanto antropológicas como arqueológicas (Lucas y Vatin 1975: 22; Coye 1993: 101).

6. CONCLUSIONES: CIENCIA, IDEOLOGÍA Y HEGEMONÍA

En este trabajo se ha intentado resumir las ideas africanistas en la prehistoria española desde su origen hasta mediados del siglo XX, y relacionarlas con el fenómeno de la intervención y colonización de una parte del continente africano por el estado español. El hecho de que la extensión cronológica de ambos coincida de forma bastante exacta podría considerarse como una prueba de que esa relación fue efectiva, es decir, que suponer un origen africano para nuestras culturas prehistóricas servía en cierta forma para justificar la ocupación de las colonias. Esta determinación de las ideas por la realidad social, la llamada posición “externalista” en sociología de la ciencia, ha sido ya propuesta en

varias ocasiones en relación con el hecho colonial (p. ej. Trigger 1992: 127-35; para el colonialismo español ver p. ej. Fernández Martínez 1997: 708; Hernando 1999: 113).

Pero, por supuesto, la simple coincidencia temporal no implica una relación de causa a efecto. La obtención de datos arqueológicos, la construcción de las teorías que los explican, las ideas procedentes de otros países o de otros ámbitos científicos, el ambiente intelectual general de la época, el desarrollo de los acontecimientos políticos o militares, las relaciones económicas, etc., son todos ellos factores que influyen en el desarrollo de la prehistoria durante ése como cualquier otro período, y habrían de ser analizados en detalle para observar cómo se afectan y modifican mutuamente. Excusado es decir que esa labor escapa al alcance de este trabajo y que exigiría un largo período de investigación. Por otra parte, no toda la información necesaria está ya disponible, y estudiar el pensamiento de los prehistoriadores de la época a través de las publicaciones no da sino un reflejo muy parcial de la construcción de las teorías: por ejemplo, Fortea (1973: 37) hablaba de la dificultad para discernir la influencia de unos autores sobre otros, o entre las opiniones discordantes de un mismo autor.

Ciertos atisbos de la naturaleza de esa relación, con todo, se pueden tener en las expresiones de algunos investigadores de aquel período cuando, con intención o sin ella, ligaban su función científica con el entorno social. Así, poco después del desastre del Barranco del Lobo, donde murieron cerca de 2.000 soldados españoles en 1909, Manuel Antón afirmaba: “Si las naciones se han de construir en definitiva conforme a sus razas predominantes, como parece ser ley histórica, podía ser un nuevo ideal reconstituyente y de salud para España, la más poderosa de su raza, la constitución de una gran nación libio-ibérica, conforme a las leyes de su naturaleza histórica y antropológica” (Antón 1910, cit. en Richard 2000: 93-4). Como irrupciones en el campo político se pueden interpretar también el título de un artículo de Martínez Santa-Olalla (1943), “Los andaluces en Marruecos durante el Neolítico”, o cuando, tras el cambio de paradigma, Tarradell (1965: 179) afirmaba que “Nuestro remoto pasado es netamente europeo”.

Sin embargo, las tres citas anteriores pueden ser vistas *sólo* como ejemplos de la perspicacia de los científicos para “conectar” con las necesidades del poder en momentos decisivos: tras un fracaso militar español, ante la amenaza de perder el Protectorado de Marruecos tras la derrota del Eje en el norte de África y cuando empieza la apertura a Europa en la España desarrollista de los sesenta. Ello nos permitiría seguir pensando que el “progreso” de la ciencia se debe a la propia investigación, la aparición de nuevos datos y métodos que falsan las hipótesis viejas e incitan a pro-

poner otras mejor adaptadas a los mismos, según proponen la escuela internalista de historia y sociología de la ciencia (p. ej. Popper 1967 o Lakatos 1982).

Así, vimos cómo la teoría de la capa primitiva braquicéfala en Europa era desmentida por la aparición de nuevos datos (cráneos dolicocefalos más antiguos), la relación entre vascos, iberos y beréberes por un cambio de metodología filológica (relaciones genéticas por similitud general y no sólo de léxico), la raza negroide de Grimaldi y Muge por datos de mejor calidad (cráneos mejor reconstruidos), y el origen del Auriñaciense o del Neolítico europeos en África por idéntico motivo (cribado de los sedimentos excavados, excavaciones cerca de la costa africana y el Estrecho). El retraso con el que se aceptó el fin del paradigma capsense, casi tres décadas después que Vaufreij y otros prehistoriadores franceses demostraron su falsedad, justo en el momento de la descolonización, sí podría atribuirse a causas externas, político-sociales, apoyando la idea de Lakatos, referida a las ciencias físico-naturales, de que los condicionantes sociales influyen sobre el error, los “factores residuales no racionales”, pero no sobre la verdad (Lakatos 1982: 153-8).

Sin embargo, el argumento anterior parte de una relación directa entre teorías y datos, olvidando que por encima de ambas están los paradigmas o metateorías (Kuhn 1971). Ya vimos cómo en la cuestión de la craneometría y raciología hubo un cambio fundamental, no basado en nuevos métodos o datos (aunque sí empujado por “anomalías” o inconsistencias en la aplicación del paradigma) sino en el abandono del paradigma racial, más por razones de tipo político que científico. En arqueología, coincidiendo aproximadamente con toda la época colonial, el paradigma más aplicado (que no el único, como suele ocurrir en ciencias experimentales, cf. Vicent 1982: 16-7) fue, como vimos, el difusionista. Explicar el comienzo del Paleolítico Superior de Europa Occidental en relación con una expansión del Capsense, industria epipaleolítica del norte de África, algo que hoy nos parece del todo absurdo, fue una propuesta de L. Capitan y de la máxima autoridad en el tema durante la primera mitad del siglo XX, el abate Breuil, sobre la base del parecido de las industrias de ambas zonas. Curiosamente, su descubridor, Jacques de Morgan, no estaba de acuerdo y proponía una explicación “evolucionista”, es decir, que las similitudes se debían a un desarrollo independiente ante condiciones medioambientales similares (Sheppard 1990: 175-8; ideas semejantes se habían ya propuesto a finales del siglo XIX, por Fauvel y Doumergue, cf. Coye 1993: 123-4).

O sea, que el paradigma difusionista no era el único que se podía seguir, ni venía impuesto por los datos, ni éstos tenían un solo sentido, sino que lo cambiaban si se les aplicaba otro paradigma distinto. De hecho, durante todo este período se siguieron aplicando argu-

mentos evolucionistas, a veces por quienes en otros casos usaban los difusionistas, tal vez cuando las relaciones de contacto parecían difíciles por la lejanía geográfica u otras razones (recuérdense las ideas sobre el arte levantino y bosquimano de Obermaier 1925: 295-6). Por otro lado, las novedades empíricas, como demostrar la falta de conexión entre Capsense y Auriñaciense, apenas afectaron a la idea de una relación con África, pues ya vimos que la mayoría seguía defendiendo una conexión más tardía pero igual de efectiva, entre el Capsense y el Tardenoiense.

Por lo tanto, podemos pensar que lo que hizo posible la construcción o “invención” de una unidad cultural donde hoy vemos casi todo lo contrario fue la aplicación de un paradigma que, como ya vimos, y con independencia de su mayor simplicidad teórica, estaba íntimamente relacionado con la ideología nacionalista en un momento de gran auge de la misma. También vimos antes cómo esta última estaba en la misma base explicativa de la expansión colonial, con lo cual se cierra el círculo y podríamos decir que nuestra historia viene a confirmar en cierta manera las posturas del “programa fuerte” en sociología de la ciencia, que defiende la determinación existencial de todas las teorías científicas, tanto las equivocadas como las acertadas (Bloor 1998: 33-59). Aunque consideremos “verdaderas” a las ideas actuales, no deja de producir sospechas que surgieran precisamente cuando terminaba la época colonial y se producía una cierta actitud de rechazo hacia lo africano, identificado con el fracaso de la modernidad y con una época superada, la de nuestra propia búsqueda del progreso, de la historia contemporánea española (Fernández Martínez 1997: 708-9).

Un ejemplo nos sirve para ilustrar esa relación existencial que proponemos entre arqueología y colonialismo. También informa sobre lo que Foucault llamaba la “política de la verdad”, las condiciones que hacen que, en cada momento, una cosa sea verdadera y no falsa (Foucault 1991: 188-9; Barrett 1991: 141-7). Recoge Noël Coye parte de un texto escrito por el general Faure-Biguet en 1897, donde comenta cómo las lápidas romanas recogidas en Argelia son una clara prueba de que ellos, los franceses (que como personas cultivadas las entienden, mientras los argelinos de la época no lo pueden hacer), ya habían estado allí antes. Esto era tan evidente que muchos árabes “piensan que al venir a África no hacemos más que tomar lo que nos pertenece, es decir un país del que sus antepasados nos habían echado” (Coye 1993: 105).

Otra coincidencia también curiosa entre “ciencia y existencia” aparece en los estudios vascos, a los que nos referimos al inicio del trabajo. Durante toda la Edad Moderna la distinción máxima de los habitantes de esos territorios era considerarse los españoles puros por esencia, y la literatura está plagada de referencias a su tópico orgullo en este tema (Azurmendi 2000).

En el ámbito científico es entonces cuando surge el vascoiberismo, que liga la lengua vasca al antiguo ibero y a las lenguas camitas africanas. Pero desde mediados del siglo XIX comienzan las tensiones nacionalistas surgidas del romanticismo y más tarde se funda el partido de Sabino Arana sobre una base de separación racial completa del resto de la Península. Pues bien, poco después el campo científico asimismo gira, y aunque los primeros estudios (Aranzadi 1899) dan una imagen heterogénea de los pobladores vascos actuales –mientras los antropólogos “centralistas” como Antón (1895) buscan por su parte la homogeneidad originaria peninsular–, pronto las excavaciones del mismo Aranzadi con Barandiarán encuentran al “vasco primigenio” en la raza pirenaica occidental, que evoluciona directamente desde los últimos Cromagnones de la región sin apenas mezcla alguna (Barandiarán 1953; ver un resumen en Bosch 1956).

El último capítulo de esta historia lo tenemos en los recientes intentos de aplicar la lengua vasca a la traducción de todas las antiguas lenguas mediterráneas aún no descifradas, incluidas la etrusca, ibérica, bereber y guanche, proponiendo incluso una nueva interpretación de los jeroglíficos egipcios bajo el mismo prisma (Arnáiz y Alonso 2000). De nuevo imbricadas con estudios raciales, ahora basados en la genética y que hablan de una muy antigua unidad mediterránea que por otro lado nadie discute, esta resurrección de las viejas teorías y métodos (las listas de palabras parecidas), nos recuerda cómo el destino de muchas hipótesis científicas es convertirse con el tiempo en míticas, consiguiendo entonces el éxito popular del que antes carecieron (p. ej. las pirámides guanches-faraónicas antes citadas, el hiperdifusionismo de Thor Heyerdahl, la idea de que los vascos poblaron la Polinesia, etc.). Es probable que para este caso al menos una parte de la aceptación, que entre otras cosas incluye inmerecidas publicaciones universitarias, se pueda interpretar también en clave sociológica y en relación con el actual conflicto vasco.

Volviendo al pasado reciente, sería deseable comprender también en qué forma la arqueología contribuyó a sostener el sistema colonial, de qué manera se entroncó dentro de la ideología colonialista. Aunque el mismo origen de la arqueología como ciencia estuvo íntimamente ligado al encuentro colonial, pues la contemplación de los indios americanos usando útiles de piedra fue la premisa indispensable para empezar a pensar la prehistoria europea, apenas se ha profundizado sobre las relaciones entre ambos, salvo ejemplos como la denuncia de la apropiación del pasado que la investigación arqueológica en las colonias supuso para sus habitantes y que era el “acto final de la usurpación” que ya les había desposeído del presente (Gosden 2001: 248-9).

En ese sentido, las hipótesis africanistas se inscriben en el proceso de control o apropiación mental de

los territorios colonizados. Al igual que otras tareas científicas, la prehistoria contribuía al conocimiento y por lo tanto a hacer comprensibles las culturas indígenas y así susceptibles de ser reguladas y, en última instancia, asimiladas por la cultura europea. Como decía Sartre en su interpretación de Hegel, el peor daño que hace el amo al esclavo es arrebatárle un secreto: el secreto de quién es realmente (Sartre 1993, cit en Gandhi 1998: 17). Dentro de la llamada “teoría post-colonial” que intenta comprender algunas de las claves profundas del mundo actual como resultado del desigual encuentro de culturas producido durante los últimos siglos, algunos autores han señalado que la tan denunciada identificación de poder y ciencia es una consecuencia directa de ese fenómeno (Nandy 1983, cit. en Gandhi 1998: 15), o que la primera dominación militar de los territorios fue luego mantenida por otro tipo más insidioso y difícil de combatir, la textualidad (referida a las obras literarias, pero aplicable a las científicas, cf. Lawson y Tiffin 1994, cit. en Gandhi 1998: 142). La universalidad de la ciencia era una proyección del paradigma ilustrado, y dentro de la dialéctica que entonces se abrió entre humanismo y nacionalismo, que en el ámbito colonial no se manifestó de forma más dramática que cuando Napoleón mandó a sus tropas a extinguir el foco liberador anti-esclavista de Haití (Todorov 1991: 297), al igual que todas las llamadas al progreso y hermandad contradecía el hecho real de la explotación económica de las colonias.

Podemos por eso también considerar que las construcciones arqueológicas, como las antropológicas, en el ámbito colonial formaban parte de lo que se ha denominado a nivel más general una “formación discursiva hegemónica”, o aparato ideológico cuya función –que no causa– es el convencer a los explotados para que acepten su condición sin necesidad del empleo de la fuerza (Gramsci 1981-86; Jung e.p.). Aunque minoritaria, al menos desde Lukács dentro de la tradición marxista ha existido la idea de que la ciencia formaba parte de la ideología burguesa (Barrett 1991: 25), por lo que era necesaria su crítica social y la creación de una ciencia proletaria, cuyos intentos, no es necesario decirlo, han sido más bien fallidos. En el mismo sentido, hoy se propagan con gran interés las ideas de Foucault sobre la identificación entre saber y poder, que algunos han señalado como una continuación y complemento del concepto de hegemonía de Gramsci (Jung e.p.; Barrett 1991: 140-1), y que incluyen una clara denuncia de la institucionalización de la ciencia al servicio de los intereses dominantes (*Ibid.*: 143).

Las ideas de Foucault conectan en cierta medida con una corriente lateral dentro del pensamiento marxista, cada vez más influyente a pesar de las críticas del sector tradicional aún dominante, que ha sido denominada “post-marxista”. Intentando salvar al marxismo de su conexión con el episteme moderno, seria-

mente afectado por la crítica post-moderna de Foucault y otros, estos pensadores rechazan todas las relaciones rígidas, “científicas”, que por otro lado llevaron a los excesos dogmáticos del marxismo estatal. Así, han recalcado el carácter autónomo de la ideología, no necesariamente ligada a una clase social ni tampoco determinada directamente por la estructura económica (Laclau y Mouffe 1987; Barret 1991).

En nuestro caso de estudio español hemos visto cómo apenas se aprecia esa correspondencia: los intereses capitalistas en África fueron mínimos, muchas de las teorías arqueológicas fueron propuestas o se afianzaron cuando la anexión territorial prácticamente había terminado, es decir cuando ya “no eran necesarias”, incluso cuando la opinión pública comenzaba a dar la espalda a la intervención colonial, el aparato estatal apenas apoyó la investigación científica ni por lo tanto arqueológica en África, etc. La impresión es como si la maquinaria ideológico-científica hubiera comenzado a funcionar “determinada” por diversas causas sociales o económicas, ligada al comienzo de la modernidad y la formación de las naciones europeas (en las que jugó un papel importante la arqueología, cf. Díaz-Andreu y Champion 1996), pero luego ya siguiera de forma más bien autónoma.

Las incongruencias ideológicas del africanismo prehistórico se explican por las que asimismo presenta la formación hegemónica de la que forma parte, el nacionalismo. En el caso español es ilustrativo el ejemplo de la obra y el activismo africanistas de Joaquín Costa: resulta patético escuchar hoy sus llamadas a la hermandad y el beneficio (no muy diferente por tanto de Cecil Rhodes, aunque probablemente más sincero) sabiendo que las clases dirigentes de nuestro país prácticamente no le prestaron ninguna atención hasta mucho después (Fernández Clemente 1977; Pedraz 2000). Costa quería europeizar o españolizar el norte de África, pero sobre todo para evitar la africanización de España, quería colonizar para evitar ser colonizado (Richard 2000: 96). De forma parecida los prehistoriadores españoles europeizaban su disciplina al descubrir y mostrar una “verdad” que nos igualaba con otros

países más avanzados, aunque fuera pasando por el norte de África. Y así como el colonialismo español apenas contribuyó a la modernización de nuestro país, por ser un territorio casi exclusivamente de los militares, sin la burguesía que debería haberles acompañado para redondear la explotación, también nuestra arqueología colonial fue un relativo fracaso y las teorías africanistas resonaron en un vacío social, abandonándose luego con un cierto sentido vergonzante y más por influencia exterior que de la propia investigación.

Ahora mismo no hay más que salir a la calle para ver que África está de nuevo entre nosotros. Después de tanto tiempo soportando la contemplación por extraños (Urrutia 2000: 72), era lógico que ellos quisieran ver en directo este raro mundo con el que los hemos tentado durante siglos. Es esa otra consecuencia no deseada del también extraño poder de la ideología. Duele oír que nuestra identidad está en peligro por su cultura diferente después de lo que nosotros (esos antepasados promotores del actual bienestar) les hicimos a ellos allí. Ese miedo debería ser dirigido más bien contra el verdadero peligro para cualquier identidad, la globalización cultural. Ante ella también pueden la arqueología y la antropología volver a construir nuevas verdades, tal vez ya liberadoras, escuchando y ayudando a contar la imaginación de las historias etnográficas (cf. Donham 1999b; Stahl 2001; Fernández Martínez y González Ruibal 2001) que aún se pueden encontrar en el planeta.

NOTA

¹ En la elaboración de este trabajo he contado con la inestimable ayuda de la Dra. Carmen Ortiz García, quien me guió por la bibliografía historiográfica y me proporcionó copias de numerosos trabajos, algunos de ellos de difícil consulta en nuestras incompletas bibliotecas. Otros provienen de la colección de libros y separatas del antropólogo Luis de Hoyos Sáinz, a la generosidad de cuyos descendientes, el fallecido Carlos Valenti y su esposa Andrea Vanoli, estoy también profundamente agradecido. También reconozco la contribución de Elodie Richard, que me proporcionó una copia de su memoria de DEA sobre el antropólogo español Manuel Antón y de Patrick Jung por la copia de su artículo en prensa.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTHUSSER, L. (1975): *Curso de filosofía para científicos*. Laia, Barcelona.
- ANTÓN Y FERRÁNDIZ, M. (1895): Razas y naciones de Europa. *Discurso leído en la Universidad Central en la inauguración del curso académico de 1895 a 1896*. Madrid.
- ANTÓN Y FERRÁNDIZ, M. (1910): Los orígenes étnicos de las nacionalidades libio-ibéricas. *Discurso leído en la apertura del Congreso de Valencia de la Asociación Española para el Progreso de la Ciencia*.
- ARANZADI, T. DE (1899): *El pueblo euskalduna. Estudio de antropología*. Imprenta provincial, San Sebastián.

- ARNÁIZ VILLENA, A.; ALONSO GARCÍA, J. (2000): *Egipcios, bereberes, guanches y vascos*. Editorial Complutense, Madrid.
- ARQUIOLA, E. (1976): Paul Broca y la antropología positivista francesa. *Asclepio*, 28: 51-92.
- ARQUIOLA, E. (1979): Topinard: médico y antropólogo físico. *Asclepio*, 30-31: 41-61.
- AZCONA, J. (1981): Notas para una historia de la antropología vasca. Telesforo de Aranzadi y José Miguel de Barandiarán. *Ethnica*, 17: 63-84.
- AZURMENDI, M. (2000): *Y se limpie aquella tierra. Limpieza ética y pureza de sangre en el País Vasco (siglos XVI-XVIII)*. Taurus, Madrid.
- BALOUT, L. (1953): Remarques sur l'extension géographique de certaines civilisations préhistoriques du Maghreb. *I Congreso Arqueológico del Marruecos Español*: 67-74.
- BARANDIARÁN, J.M. DE (1953): *El hombre prehistórico en el País Vasco*. Editorial Vasca Ekin, Buenos Aires.
- BARRETT, M. (1991): *The Politics of Truth. From Marx to Foucault*. Stanford University Press, Stanford.
- BERMAN, M. (1988): *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI, Madrid.
- BERMÚDEZ DE CASTRO, J.M. (1985): *La dentición de los pobladores prehistóricos de las Islas Canarias*. Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- BERTRAND, A. (1864): Sur les origines indo-européennes. *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, 5: 367-83.
- BLANCKAERT, C. (1989): L'indice céphalique et l'ethnogénie européenne: A. Retzius, P. Broca, F. Pruner-Bey (1840-1870). *Bulletin et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, n.s. 1(3-4): 165-202.
- BLOOR, D. (1998): *Conocimiento e imaginario social*. Gedisa, Barcelona.
- BOETSCH, G.; FERRIE, J.-N. (1989): Le paradigme berbère: approche de la logique classificatoire des anthropologues français du XIX siècle. *Bulletin et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, n.s. 1 (3-4): 257-276.
- BOSCH GIMPERA, P. (1932): *Etnología de la Península Ibérica*. Alpha, Barcelona.
- BOSCH GIMPERA, P. (1945): *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*. Imprenta Universitaria, México.
- BOSCH GIMPERA, P. (1956): Ibères, Basques, Celtes? *Orbis. Bulletin International de Documentation Linguistique*, 5(2): 331-338.
- BRACE, C.L.; TRACER, D.P.; YAROCH, L.A.; ROBB, J.; BRANDT, K.; NELSON, A.R. (1993): Clines and Clusters versus "Race": A Test in Ancient Egypt and the Case of a Death on the Nile. *Yearbook of Physical Anthropology*, 36: 1-31.
- BREUIL, H. (1912): Les subdivisions du Paléolithique supérieur et leur signification. *Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistorique. Comptes Rendus de la XIVème Session*, Ginebra: 165-240.
- BROCA, P. (1863): Sur les crânes basques. *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, 4: 38-62.
- CAMPS, G. (1974): *Les civilisations préhistoriques de l'Afrique du Nord et du Sahara*. Doin, Paris.
- CAMPS, G. (1992): Cromagnon, une découverte en perpetuel devenir. *L'Homme de Cromagnon* (VV. AA.), Faton, Dijon: 4-12.
- CARO BAROJA, J. (1982 [1942, 1943]): *Sobre la lengua vasca y el vascoiberismo*. Estudios Vascos IX, Txertoa, San Sebastián.
- CARO BAROJA, J. (1986 [1943]): Regímenes sociales y económicos de la España prerromana. *España Antigua (Conocimiento y fantasía)*, Istmo, Madrid: 35-113 (publicado originalmente en *Revista Internacional de Sociología*, 1: 149-90 y 2: 285-317).
- CHAMLA, M.C. (1970): *Les hommes épipaléolithiques de Colonnata (Algérie Occidentale)*. Mémoires du CRAPE, Paris.
- COMAS, J. (1961): ¿Otra vez el racismo científico? *América Indígena*, 21: 99-140.
- COSTA MARTÍNEZ, J. (1895): *Estudios Ibéricos*. Tipografía de San Francisco de Sales, Madrid.
- COYE, N. (1993): Préhistoire et Protohistoire en Algérie au XIX siècle: les significations du document archéologique. *Cahiers d'Études Africaines*, 33(1): 99-137.
- DAVIDSON, B. (1992): *La Historia de África*. Folio, Barcelona.
- DÍAZ-ANDREU, M.; CHAMPION, T. (eds.) (1996): *Nationalism and Archaeology in Europe*. UCL Press, Londres.
- DIEGO CUSCOY, L. (1977): Notas para una historia de la antropología canaria. *Historia General de las Islas Canarias* (Agustín Millares Torres, reedición de la obra original de 1893 con contribuciones de especialistas actuales). Cedirca, Las Palmas de Gran Canaria, vol. 1: 267-290.
- DONHAM, D.L. (1999a): *History, Power, Ideology. Central Issues in Marxism and Anthropology* (2ª ed.). University of California Press, Berkeley.
- DONHAM, D.L. (1999b): *Marxist Modern. An Ethnographic History of the Ethiopian Revolution*. James Currey, Oxford.
- DUTOIR, O. (1989): *Hommes fossiles du Sahara. Peuplements holocènes du Mali septentrional*. C.N.R.S., Marsella.
- EDDY, M.R. (1992): Historical and Contemporary Perceptions of the Guanches of the Canary Islands. *The Maghreb Review*, 17(1-2): 124-140.
- ESTÉVEZ GONZÁLEZ, F. (1987): *Indigenismo, raza y evolución. El pensamiento antropológico canario (1750-1900)*. Cabildo Insular y Museo Etnográfico, Santa Cruz de Tenerife.
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, E. (1977): *Joaquín Costa y el africanismo español*. Angel Guinda, Zaragoza.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V.M. (1996): *Arqueología prehistórica de África*. Síntesis, Madrid.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V.M. (1997): La arqueología española en África. *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España* (G. Mora y M. Díaz-Andreu, eds.), Universidad de Málaga, Málaga: 705-719.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V.M.; GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2001): Historia, arqueología e identidad de un pueblo fronterizo: los Berta de Benishangul (Etiopía Occidental). *Pasado y presente de la construcción identitaria: una aproximación desde la arqueología y la antropología* (A.M. Mansilla, ed.), Unión Cultural Arqueológica, Madrid.
- FORTEA PÉREZ, J. (1973): *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español*. Memorias del Seminario de Prehistoria y Arqueología, número 4, Universidad de Salamanca, Salamanca.
- FOUCAULT, M. (1991): *Microfísica del poder*. Las ediciones de la piqueta, Madrid.
- FUSTÉ, M. (1958-59): Algunas observaciones acerca de la antropología de las poblaciones prehistórica y actual de Gran Canaria. *El Museo Canario*, 19-20: 1-27.

- GANDHI, L. (1998): *Postcolonial Theory. A critical Introduction*. Edinburgh U.P., Edimburgo.
- GELLNER, E. (1988): *Naciones y nacionalismo*. Alianza, Madrid.
- GOSDEN, C. (2001): Postcolonial Archaeology. Issues of Culture, Identity, and Knowledge. *Archaeological Theory today* (I. Hodder, ed.), Polity Press, Oxford: 241-261.
- GRAMSCI, A. (1981-1986): *Cuadernos de la cárcel*. Edición crítica del Instituto Gramsci, Editorial Era, México.
- GRAU-BASSAS, V. (1880): Datos para el estudio de los cráneos guanche-canarios. *El Museo Canario*, 1 (9): 283-8.
- HANNERZ, U. (1986): *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*. Fondo de Cultura Económica, México.
- HARDING, S. (1998): *Is Science Multicultural? Postcolonialisms, Feminisms, and Epistemologies*. Indiana University Press, Bloomington.
- HAYWARD, R.J. (2000): Afroasiatic. *African Languages. An Introduction* (B. Heine y D. Nurse, eds.), Cambridge University Press, Cambridge: 74-98.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, E. (1982): *Pensamiento burgués y problemas coloniales en la España de la Restauración, 1885-1887*. Colección Tesis Doctorales, Universidad Complutense, Madrid.
- HERNANDO, A. (1999): *Los primeros agricultores de la Península Ibérica. Una historiografía crítica del Neolítico*. Síntesis, Madrid.
- HOOKE, J.R. (1963): The Anthropologist's frontier: the Last Phase of African Exploitation. *Journal of Modern African Studies*, 1: 455-459.
- HOYOS, L. DE (1915): Estado actual del conocimiento antropológico del pueblo español. *Asociación española para el Progreso de las Ciencias. Congreso de Bilbao, Discurso inaugural de la Sección 4ª*, Madrid.
- HOYOS, L. DE; ARANZADI, T. DE (1892): Un avance a la antropología de España. *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, 21: 31-101.
- HUMBOLDT, G. DE (1879 [1821]): *Los primitivos habitantes de España. Investigaciones con el auxilio de la lengua vasca*. Librería de D. José Anllo, Madrid.
- JORDÁ CERDÁ, F. (1955): *El Solutrense en España y sus problemas*. Oviedo.
- JORDÁ CERDÁ, F. (1956): Anotaciones a los problemas del Epigravetiense español. *Speleon*, 4.
- JUNG, P. (e.p.): Antonio Gramsci and Postcolonial Theory: Toward Useable Definitions and a General Theory for Postcolonial Historians. *Journal of Imperial and Postcolonial Studies*.
- KUHN, T. (1971): *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica, México.
- KUPER, A. (1973): *Antropología y antropólogos. La escuela británica 1922-1972*. Anagrama, Barcelona.
- LACLAU, E.; MOUFFE, CH. (1987): *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*. Siglo XXI, Madrid.
- LAKATOS, I. (1982): *La metodología de los programas de investigación científica*. Alianza Universidad, Madrid.
- LAWSON, A.; TIFFIN, C. (eds.) (1994): *Describing Empire: Postcolonialism and Textuality*. Routledge, Londres.
- LECLERC, G. (1973): *Antropología y colonialismo*. Comunicación, Serie B, Alberto Corazón, Madrid.
- LEFKOWITZ, M. (1997): *Not Out of Africa. How Afrocentrism Became an Excuse to Teach Myth as History* (2ª edición). BasicBooks, Nueva York.
- LUBELL, D.; SHEPPARD, P.; JACKES, M. (1984): Continuity in the Epipaleolithic of Northern Africa with Emphasis on the Magreb. *Advances in World Archaeology* (F. Wendorf y A. Close, eds.), vol 3, Academic Press, New York: 143-191.
- LUCAS, P.; VATIN, J.-C. (1975): *L'Algérie des anthropologues*. François Maspero, Paris.
- MARTÍNEZ CARRERAS, J.U. (1993): *África subsahariana (1885-1990). Del colonialismo a la descolonización*. Síntesis, Madrid.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. (1941): Esquema paleontológico de la Península Ibérica. *Corona de estudios que la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria dedica a sus mártires* (J. Martínez Santa-Olalla, ed.), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid: 141-166.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. (1943): Los andaluces en Marruecos durante el Neolítico. *África*, 18.
- MARTÍNEZ SANZ, J.L. (1992): Ciencia y colonialismo español en el Magreb: el estudio científico de las colonias españolas y sus posibilidades económicas. *Estudios Africanos*, 6: 109-139.
- MEDEROS MARTÍN, A. (1999): Los cimientos de las pirámides. Estrategias de investigación difusionistas en la arqueología canaria. *Anuario de Estudios Atlánticos*, 45: 119-167.
- MENDES-CORRÊA, A.A. (1917): A propos des caractères inférieurs de quelques crânes préhistoriques du Portugal. *Archivo d'Anatomia e Antropologia*, III.
- MENGHIN, O. (1941): Egipto y la Península Ibérica. *Corona de estudios que la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria dedica a sus mártires* (J. Martínez Santa-Olalla, ed.), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid: 167-183.
- MICHELENA, L. (1978): Basque Language. *Encyclopedia Britannica*, vol. 2: 762-764.
- MORALES LEZCANO, V. (1986): *España y el norte de África: el protectorado en Marruecos (1912-1956)* (2ª edición). UNED, Madrid.
- MORALES LEZCANO, V. (1988): *Africanismo y orientalismo español en el siglo XIX*. UNED, Madrid.
- MORGAN, J. DE; CAPITAN, L.; BOUDY, P. (1910-1911): Étude sur les stations préhistoriques du Sud tunisien. *Revue de l'École d'Anthropologie de Paris*, 20, 21.
- MUDIMBE, V.Y. (1988): *The Invention of Africa. Gnosis, Philosophy and the Order of Knowledge*. Indiana University Press, Bloomington.
- NANDY, A. (1983): *The Intimate Enemy: Loss and Recovery of Self Under Colonialism*. Oxford University Press, Delhi.
- OBERMAIER, H. (1925): *El hombre fósil* (2ª edición). Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Memoria Número 9, Madrid.
- ONRUBIA PINTADO, J. (1987): Les cultures préhistoriques des Îles Canaries. État de la question. *L'Anthropologie*, 91(2): 653-678.
- ORTIZ GARCÍA, C. (1987): *Luis de Hoyos Sáinz y la Antropología española*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- PAKENHAM, T. (1991): *The Scramble for Africa, 1876-1912*. Weidenfeld & Nicolson, Londres.
- PALLARY, P. (1909): *Instructions pour les recherches préhis-*

- toriques dans le Nord-Ouest de l'Afrique. Mémoires de la Société Historique Algérienne*, III, Argel.
- PEDRAZ MARCOS, A. (2000): *Quimeras de África. La sociedad Española de Africanistas y Colonistas. El colonialismo español de finales del siglo XIX*. Polifemo, Madrid.
- PÉREZ GALDÓS, B. (1979 [1905]): *Aita Tettauen (Episodios Nacionales, 36)*. Alianza, Madrid.
- PERICOT, L. (1942): *La cueva del Parpalló (Gandía)*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- PINO, F. DEL (1994): Costa Martínez, Joaquín. *Diccionario Histórico de la Antropología Española* (C. Ortiz y L.A. Sánchez, eds.), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid: 223-232.
- POPPER, K.R. (1967): *La lógica de la investigación científica*. Tecnos, Madrid.
- POWELL, J.F.; ROSE, J.C. (1999): Report on the Osteological Assessment of the "Kennewick Man". http://www.cr.nps.gov/aad/kennewick/powell_rose.htm
- PRUNER-BEY, F. (1863): Les Basques sont-ils dolicho- ou brachycéphales? *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, 4: 33-36.
- PUIG-SAMPER, M.A. (1982): El doctor Pedro González de Velasco y la antropología española en el siglo XIX. *Asclepio*, 34: 327-337.
- PUIG-SAMPER, M.A.; GALERA, A. (1983): *La antropología española del siglo XIX*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- QUATREFAGES, M.A. DE; HAMY, E. (1872): La race de Cro-magnon dans l'espace et dans le temps. *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, 9.
- QUATREFAGES, M.A. DE; HAMY, E. (1882): *Crania Ethnica*. Paris.
- REID, H. (1999): *Les momies des Canaries*. Documental emitido por el canal de televisión franco-alemán ARTE, 30.06.2001.
- REYGASSE, M. (1922): Études de paléthnologie maghrébine. *Recueil des Notes et Mémoires de la Société Archéologique de Constantine*, 53: 159-204.
- RICHARD, E. (2000): *Manuel Antón y Ferrandiz et l'institutionnalisation de l'anthropologie en Espagne: développement d'une science humaine et questionnement identitaire (1880-1910)*. Mémoire de DEA. Centre de Recherche d'Histoire d'Amérique Latine et du Monde Hispanique, Université de la Sorbonne, Paris.
- RODRÍGUEZ BRAUN, C. (1989): *La cuestión colonial y la economía clásica: de Adam Smith y Jeremy Bentham a Karl Marx*. Alianza Editorial, Madrid.
- RUIZ ZAPATERO, G.; ÁLVAREZ SANCHÍS, J. (1997): La prehistoria enseñada y los manuales escolares españoles. *Complutum*, 8: 265-284.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, L.A. (1994): Tubino y Oliva, Francisco María. *Diccionario Histórico de la Antropología Española* (C. Ortiz y L.A. Sánchez, eds.), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid: 666-670.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, L.A. (1997): Cien años de antropologías en España y Portugal. *Etnográfica*, 1(2): 297-317.
- SANTOS VELASCO, J.A. (1983): La denominada necrópolis ibérica de Orán, en el Museo Arqueológico Nacional. *Trabajos de Prehistoria*, 40: 309-335.
- SARTRE, J.-P. (1993 [1943]): *El ser y la nada*. Altaya, Barcelona.
- SCHULTEN, A. (1914): *Numantia I (Die Keltiberer und ihre Kriege mit Rom)*. Munich.
- SCHWIDETZKY, I. (1956): Observaciones antropológicas en Tenerife (relación de un viaje). *Revista de Historia*, 115/6: 18-32.
- SCHWIDETZKY, I. (1963): *La población prehistórica de las Islas Canarias. Investigaciones antropológicas*. Publicaciones del Museo Arqueológico de Tenerife, 4, Santa Cruz de Tenerife.
- SHEPPARD, P.J. (1990): Soldiers and Bureaucrats: the Early History of Prehistoric Archaeology in the Maghreb. *A History of African Archaeology* (P. Robertshaw, ed.), James Currey, Londres: 173-188.
- STAHL, A.B. (2001): *Making history in Banda. Anthropological visions of Africa's past*. Cambridge University Press, Cambridge.
- TARRADELL, M. (1959): El estrecho de Gibraltar, ¿puente o frontera? Sobre las relaciones post-neolíticas entre Marruecos y la Península Ibérica. *Tamuda*, 7 (1-2): 123-38.
- TARRADELL, M. (1965): Una hipótesis que se desvanece: el papel de África en las raíces de los pueblos hispánicos. *Homenaje a J. Vicens Vives*, Barcelona, vol. I: 173-181.
- TODOROV, T. (1991): *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*. Siglo XXI, México.
- TOPINARD, P. (1885): *Eléments d'anthropologie générale*. Paris.
- TORRE, H. DE LA (ed.) (1992): *Portugal, España y África en los últimos cien años. IV Jornadas de Estudios Luso-Españoles*. UNED, Mérida.
- TOVAR, A. (1961): *The Ancient Languages of Spain and Portugal*. Nueva York.
- TOVAR, A.; BOUDA, K.; LAFON, R.; MICHELENA, L.; VY-CICHL, W.; SWADESH, M. (1961): El método léxico-estadístico y su aplicación a las relaciones del vascuence. *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País*, 17: 249-281 (reimpreso en Tovar, A., *Estudios de Tipología lingüística*, Istmo, Madrid, 1997: 47-77).
- TRIGGER, B. (1992): *Historia del pensamiento arqueológico*. Crítica, Barcelona.
- TUBINO, F.M. (1876): Los aborígenes ibéricos o los Bereberes en la Península. *Revista de Antropología*, II: 65-192 (separata de galeradas, disponible en el Museo Nacional de Antropología, Madrid).
- URRUTIA, J. (2000): *Lectura de lo oscuro. Una semiótica de África*. Biblioteca Nueva, Madrid.
- VALLS, A. (1980): *Introducción a la antropología. Fundamentos de la evolución y de la variabilidad biológica del hombre*. Labor, Barcelona.
- VAUFREY, R. (1933): Notes sur le Capsien. *L'Anthropologie*, 43: 457-483.
- VERNEAU, R. (1885): Rapport sur une mission scientifique dans l'Archipel Canarien. *Archive des Missions Scientifiques et Littéraires*, 13: 569-617.
- VERNEAU, R. (1906): *Les grottes de Grimaldi (Baoussé-Roussé): Anthropologie*. Monaco.
- VICENT, J. (1982): Las tendencias metodológicas en Prehistoria. *Trabajos de Prehistoria*, 39: 9-53.